



El ciclo del cultivo del trigo

Introducción al bloque 1 de láminas

Gema Carrera Díaz

Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, Centro de Documentación y Estudios

*Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello*

El niño Yuntero, Miguel Hernández, 1937

Es menor que un grano de avena en la historia de la agricultura andaluza el período comprendido desde la mecanización del campo hasta la actualidad. Este ha conllevado la desaparición de herramientas, técnicas, saberes y un riquísimo léxico andaluz a ellas asociadas. En este capítulo se pretende hilar con palabras, de una forma relacionada y sistémica, la narración ilustrada que Julio Alvar realiza del trabajo del cultivo del trigo, sus procedimientos técnicos, útiles y herramientas vinculados a estos. Para ello emplearemos como referencia fundamental, además del ALEA, un estudio etnográfico sobre el cultivo del trigo en la Sierra de Huelva (ESCALERA REYES, 1985: 7-74), que es extensible en su funcionalidad a gran parte de Andalucía. El dibujo aporta fundamentalmente y con gran precisión, información sobre la gran diversidad morfológica que cobran objetos orientados a los mismos fines en distintos lugares de Andalucía. Desde el punto de vista lingüístico la diversidad terminológica y fonética asociada a las mismas es aún más rica.

El proceso de cultivo y primera transformación del trigo en sistemas agrícolas no mecanizados consta de unos procedimientos básicos con variaciones mínimas en los aperos empleados, procedimientos técnicos concretos y el léxico para denominarlos. Estos son: 1) preparación del terreno (barbechar, labrar, alzar, rozar o roturar...); 2) siembra; 3) Mantenimiento, escardado o cuidado; 4) recolección/siega; 5) separación de paja y grano (trilla y aventado) y transporte. De los 230 municipios encuestados en el Atlas, 229¹ están representados en varias ocasiones en las ilustraciones dedicadas al trabajo del trigo en Andalucía, lo que nos permite deducir la importancia de esta actividad económica en nuestra

comunidad, lo cual no debe parecer extraño pues se trataba de producir un cereal protagonista en la elaboración de un alimento básico para el consumo humano: el pan.

PREPARACIÓN DEL TERRENO: DESBROZAR, CAVAR Y ARAR

El primer paso a seguir en el cultivo de trigo es limpiar la tierra de vegetación natural, mediante el uso de tierra inculta (erial), o mediante barbecho ya sea dejando la tierra en reposo durante unos años, o bien labrándola (meter en labor, roturar, alzar, levantar). Para desbrozar el terreno o eliminar el monte bajo y matorral, favoreciendo el desarrollo del cereal, se utilizan diversos tipos de instrumentos. Julio Alvar dedica parte de sus dibujos a ilustrar los objetos o herramientas relacionados con esta fase del trabajo del trigo: los rozones, podaderas o calabozos (láminas 1 y 2, pp. 60-61) son las herramientas que se empleaban para rozar hierbas y zarza, y para podar árboles (ESCALERA REYES, 1997: 20).

Entre los tipos de rozón o podadera se pueden diferenciar los siguientes (ALVAR, 1991):

- hocino en ángulo recto de mango corto (lámina 1, fig. 3, p. 60), que se da fundamentalmente al noroeste de la provincia de Huelva;
- hocino curvo de mango largo (lámina 1, fig. 4, p. 60), Sierra Norte de Sevilla;
- cimbara de curva cerrada, puntiaguda y normalmente dentada (lámina 1, fig. 8 y 9, p. 60), recogida en el Norte de la provincia de Jaén;
- cimbara de curva abierta (lámina 1, fig. 7, p. 60), en la Sierra de Cádiz y Málaga, Subbética de Córdoba y en Granada;

- címbara de curva cerrada (lámina 1, fig. 6, p. 60);
- címbara perpendicular al mango (lámina 2, fig. 8, p. 61), fundamentalmente en algunos municipios de Jaén;
- márcola simple de hoja ancha (lámina 2, fig. 1, p. 61);
- márcola simple de hoja estrecha (lámina 1, fig. 11, p. 60);
- márcola con hachuela (lámina 2, fig. 12, p. 61);
- márcola con hachuela compuesta (lámina 2, fig. 10 y 11, p. 61).

En segundo lugar, aparecen dibujos donde se ilustran los útiles empleados para cavar, romper o binar la tierra, es decir, levantar el rastrojo, roturar la vegetación y hacer bancales. Para ello se usan las azadas y azadones (láminas 3 y 4, pp. 62-63). Estos instrumentos suelen componerse de una hoja de hierro forjado que en su parte interior se presenta plana, rectangular, curva o con dos ganchos. El palo por donde se agarra la azada, y a la que ésta va sujeta mediante un vástago, se denomina astil (ALVAR, 1991: tomo I, lámina 93, mapa 97). En la lámina 4 (p. 63) aparecen diversos tipos de azada. La figura 6 es un legón, usado normalmente en albañilería, pero sustituye a la azada en muchos pueblos de Granada y Almería. Las figuras 7 y 8 son un tipo intermedio entre legón y azada. La figura 13 es un utensilio empleado en los cultivos sobre arena de la costa almeriense. En la lámina 3 (p. 62), aparecen los tipos de azadón siguientes: azadón de ganchos (fig. 11); azadón de gancho y hachuela (fig. 10); azadón de dos ganchos y pala estrecha (fig. 12 al 14); azadón de peto.

Una vez rozado y cavado el terreno para eliminar la vegetación, se pasa al arado. El arado es una herramienta simple pero multifuncional que sirve para varias fases del cultivo tradicional del trigo. Según Javier Escalera, hasta inicios del siglo XX en Andalucía, ha sido muy común el uso del arado romano de palo (dental mediterráneo) (lámina 5, p. 64) u otros arados de madera (láminas 6 y 7, pp. 65-66). El arado dental se realizaba en madera, excepto la reja o rejón, para abrir la tierra, que se hacía en hierro forjado. Se compone de una pieza central denominada mancera, tronco con forma acodada, con un extremo anterior más agudo que se introduce en la reja, que a su vez se sujeta a la mancera mediante dos abrazaderas de forma curva. En el extremo posterior de la mancera se fija el mango o timón, palo en forma de S invertida para con-

ducir el arado. El rabero es un palo larguero que une el yugo con la mancera, mediante una pieza intermedia, perpendicular a ésta, denominada telera. Para impedir que el arado se hunda demasiado en la tierra, a ambos lados de la telera y sujetos al cuerpo de la mancera, se encuentran las orejetas u orejeras (ESCALERA REYES, 1985: 21).

En la lámina 8 (p. 67) aparecen los siguientes tipos de rejas:

- Rejas para arados de un solo animal;
- Reja de cola de pato: Villafranca y Los Palacios, Sevilla (fig. 1); Marinaleda, Sevilla (fig. 3); Paradas, Sevilla (fig. 8);
- Reja de media luna. Morón de la Frontera, Sevilla (fig. 2.);
- Reja de pico de gorrión: Villafranca y Los Palacios (fig. 9); Encinasola, Huelva (fig. 10);
- Rejas de arado de madera de tipo radial: Villarodrigo, Jaén (fig. 6); Vélez Rubio, Almería (fig. 5);
- Rejas para arado dental: Carboneras, Almería (fig. 7); Paradas, Sevilla (fig. 4).

El arado de hierro (lámina 9, p. 68) y el arado de vertedera (lámina 10, p. 69) son más tardíos y evolucionados, pues con la vertedera se conseguía una mayor profundidad en la labor y el volteo de la tierra logrando más aireación que con el arado romano. Unos u otros eran normalmente propiedad de los agricultores y, como eran aperos fáciles de construir, los realizaban ellos mismos o los encargaban a carpinteros y herreros locales. No obstante, en las grandes propiedades de campiña solían existir aperadores, especialistas en la elaboración, mantenimiento y reparación de arados y de otros aperos de labranza (ESCALERA REYES, 1985: 31).

Alvar dedica una serie de láminas a ilustrar también las herramientas empleadas para tirar con animales (yuntas de bueyes o mulas) del arado. Para ello se hace necesario uncirlos al yugo mediante la uncidera. Dependiendo del tamaño del terreno que se araba, se empleaba uno o dos bueyes (yunta). Si se empleaba solo una bestia, se usaba un yugo de una sola pieza; de tipo cornal, si se empleaban bueyes; y de tipo costillar, si se empleaban mulas (lámina 11, fig. 1 y 3, p. 70). Antes del siglo XVIII estaban más extendidas las yuntas o colleras de bueyes que se fueron sustituyendo progresivamente por

mulas a partir de entonces, a excepción de las medianas y grandes propiedades, donde el número de yuntas o colleras era proporcional al tamaño y productividad de la tierra. Si el terreno para arar era mayor, se empleaba una collera o yunta sujeta mediante un yugo doble (lámina 12, fig. 6 a 8, p. 71). La testuz de los bueyes o vacas era protegida con frontiles de esparto (lámina 12, fig. 1 a 5, p. 71) de la fricción que provoca la sogá que une el yugo a sus cuernos. Los pequeños propietarios se prestaban las yuntas o acudían a especialistas que se hacían pagar por realizar esta labor: yunteros, pelentrines o pelayos. En el caso de los yugos para mulas, se emplea el horcate (lámina 13, p. 72) que es un arreo de madera o hierro, en forma de herradura, que se pone a las caballerías encima de la collera, y al cual se sujetan las cuerdas o correas de tiro. En la lámina 14 (p. 73) se pueden observar las diferentes formas de llevar el arado tirado por mulas (ESCALERA REYES, 1985: 22).

Finalmente, antes de proceder a la siembra se debe gradear o allanar la tierra labrada con la grada o reja. Esta puede ser de hierro; de hierro con dientes curvos (lámina 16, fig. 1, p. 75); con una tabla de pinchos (lámina 15, fig. 1, 4 y 5, p. 74; lámina 16, p. 75).

SIEMBRA

Es en el otoño, entre el equinoccio y los primeros días de diciembre, una vez limpia, labrada y preparada la tierra, cuando se procede a la siembra. Para sembrar hay que subdividir la tierra en franjas o calles para la distribución de la semilla. El arado también sirve para disponer la tierra de esta forma antes de sembrar a voleo lanzando la semilla desde talegos o cestos de asa larga. La siembra concluye al tapar con tierra la semilla para que no la extraigan los pájaros. Aunque no hay ninguna lámina dedicada específicamente a esta tarea, el arado o la grada servían para cumplir esta última función (RAMOS LIZANA; SAN MARTÍN MONTILLA, 1997: 18).

MANTENIMIENTO, ESCARDADO O CUIDADO

La escarda consiste en mantener limpio los trigales de vegetación parásita que pueda mermar su desarrollo y la producción de grano. Esta labor suele llevarse a cabo preferentemente entre febrero y

principios de marzo. Ello depende del número de lluvias, pues éstas favorecen el crecimiento de las malas hierbas. Al principio la faena se lleva a cabo con el arado y cuando el trigo está más alto se hace con el escardillo (lámina 4, fig. 3, p. 63). La labor de escardar suelen hacerla las mujeres ayudándose de este instrumento, pues a ellas se les atribuyen las cualidades de minuciosidad que necesita este tipo de trabajo para distinguir bien unas plantas de otras entresacando las malas hierbas y dejando solo el cereal. Tras esta labor, el trigal permanecía intacto hasta la siega, esperando que las lluvias de abril favorecieran su crecimiento.

RECOLECCIÓN/SIEGA

Antes de la mecanización del campo, la siega exigía una gran cantidad de trabajadores y una buena coordinación para aligerar la faena y que no se estropeará el fruto. Los manijeros eran los encargados de reunir a la cuadrilla de segadores y ponerlos en contacto con los propietarios, así como de dirigir las tareas de la siega. Con la introducción de las cosechadoras mecánicas, la labor de la siega cambia radicalmente. Pero hasta ese momento, esta labor se realizaba manualmente con un instrumento denominado hoz, hocino, de hoja más corta (lámina 1, fig. 3, p. 60) y, en ocasiones, con la guadaña, cuando el trigo se segaba demasiado tarde y se empleaba como forraje (lámina 1, fig. 1, p. 60). El segador (lámina 1, fig. 5, p. 60) llevaba para protegerse la mano una manija o dedil, que prevenía los cortes que pudieran producir los tallos secos del trigo o la misma herramienta, así como una burra o manguito de cuero colocada en el antebrazo que agarraba las mieses o en ambos brazos para protegerlos del roce de las cañas de trigo y del roce de la hoz. Por último, un mandil de cuero o de lona le cubría el pecho, el vientre y la parte superior de las piernas, evitando que se le introdujeran restos de trigo en la ropa. Con la guadaña se empleaba sólo el mandil, pues el palo es más largo y no era necesario proteger los brazos. Para protegerse del sol, empleaban sombreros de paja de amplias alas (canarios) (ESCALERA REYES, 1985: 25 y 35).

Aunque en las ilustraciones no se aprecia, el trabajo de la cuadrilla de segadores requería especialización y coordinación pues los trabajadores debían avanzar en un frente de cuatro o cinco

metros por cada uno, cogiendo un manojo de espiga con la mano izquierda y cortándola con la hoz u hocino con la mano derecha, describiendo un movimiento rápido de derecha a izquierda hacia sí mismo. También existe un interesante léxico asociado a las medidas de manojos de espiga que se iban acumulando en el terreno a la izquierda del segador, sujetos por una cuerda. Ocho o nueve manojos formaban una gavilla. Cada tres u ocho gavillas formaban un haz que componía el segador al volver por la calle ya trabajada, o podían hacerlos los gavilleros, que iban detrás de los segadores. Los haces se amontonaban en grupos de ocho, formando montones denominados hacinas, que se colocaban con las espigas hacia dentro para protegerlas de posibles tormentas. El rastrojo sobrante se empleaba como pasto para los animales o se quemaba al final del verano y se empleaba la ceniza como abono para la tierra (ESCALERA REYES, 1985: 24).

SEPARACIÓN DE PAJA Y GRANO: TRANSPORTE A LA ERA, TRILLA Y AVENTADO

Un importante número de láminas está dedicado a los objetos y procedimientos relacionados con esta labor de separar el grano, para el consumo humano, del resto de la espiga. Como en todas las economías de subsistencia, lo que no servía para el aprovechamiento humano se empleaba para alimentar animales, mezclándolo con otros cereales o sin mezclar para los animales de carga y trabajo. Los procedimientos básicos para la realización de esta tarea son el transporte a la era, la trilla y el aventado. Ello implica una relación entre objetos, muebles (trillo, objetos para el transporte y el aventado), inmuebles (eras), actividades y agentes que las realizan que queda muy bien representada en las láminas.

El espacio donde se realizaba la trilla de forma tradicional se denomina era. Las eras son espacios normalmente circulares de unos 10-15 metros de diámetro, que se allanaban con rulos (lámina 21, fig. 9 y 11, p. 80) o tablas (lámina 21, fig. 4, 5 y 8, p. 80) o bien se empedraban. Normalmente se encontraban en los ruedos de los núcleos urbanos, dentro del casco urbano, o en las propiedades de los agricultores más pudientes. Se situaban en algún promontorio, bien expuesto al viento del norte o poniente (marea). Para proce-

der a la trilla, en primer lugar, deben transportarse o acarrearlos los haces hasta la era a mano o a lomos de mula. Los haces que llegaban a la era, se esparcían sobre la misma (emparvar), intentando que ocuparan toda la superficie o tendido. Si los haces eran pocos o el terreno era pedregoso, se transportaban mediante parihuelas (lámina 18, p. 77), portadas por dos hombres o en mano; si la carga era mayor y el terreno lo permitía se utilizaban bestias arreadas con las albardas y aparejos necesarios (lámina 17, p. 76) y con los instrumentos para transportar los haces (láminas 18 y 19, pp. 77-78); jamugas rectas (lámina 18, fig. 1 a 3; 5 y 6, p. 77); jamugas y angarillas articuladas (lámina 19, p. 78); angarillas de hierro (lámina 18, fig. 4, p. 77). Para cargar las mieses en las bestias se usaban los biergos de madera o hierro (lámina 20, fig. 7, p. 79).

Una vez extendida la parva se procedía a la trilla. Esta podía hacerse mediante tres métodos de menor a mayor complejidad instrumental. Estos procesos aparecen también ilustrados en las láminas de Alvar: a) el pateo de la parva por las caballerías (lámina 20, fig. 1 y 10, p. 79); b) el uso del mayal (lámina 22, p. 81): dos palos (lámina 22, fig. 5, p. 81) unidos mediante cuerdas y tiras de cuero anudadas (lámina 22, fig. 1 a 6, p. 81) entre sí. Uno de ellos se empleaba como percutor y otro como mango para impulsar; c) el uso del trillo (láminas 23 a 25, pp. 82-84). El ALEA distingue ocho tipos de trillos en Andalucía en función del tamaño y de los materiales o instrumentos percusores que lo componen. Suelen tener una tarima de madera hecha de tablones y provista de trozos de sílex, de hierro, o ambos, y en el caso más elaborado, emplean ruedas con cuchillas giratorias y silla. Sobre la tarima, con o sin silla, iba el hombre que conducía los animales que tiraban del trillo (lámina 23, fig. 1, p. 82) y podía aumentar el peso cargando de sacos o piedras.

Trillada la parva, se amontona y se pasa al aventado, que es la última operación para limpiar el grano. Para ello, había que esperar que llegase la marea o viento de poniente. La faena la realizaba un solo hombre o un grupo de tres, los cuales se colocaban uno tras otros, con un instrumento distinto para alzar la parva al aire: primero la horca (lámina 20, fig. 2 a 5; 8 y 9, p. 79), luego el biello (lámina 20, fig. 7, p. 79) y por último la pala (lámina 26, p. 85). El

viento empuja la paja y el grano cae perpendicularmente. Una vez concluido el aventado se valea el grano con el escobajo o escoba para la era (lámina 26, fig. 4 a 6, p. 85). Después del aventado se criba y se mete en costales para facilitar su transporte a las trojes o graneros hasta donde se transportan a lomos de caballería, esperando ser convertido en harina tras la molienda. (RAMOS LIZANA; SAN MARTÍN MONTILLA, 1997: 20)

A su vez, la paja se transporta a hombros con sacos o serones (lámina 28, fig. 3, p. 87); a lomos de mula con los aparejos apropiados: parihuelas y angarillas para paja (láminas 29, 30, 31, pp. 88-90); narrias (lámina 32, p. 91) o en carros (lámina 33, fig. 1 y 2, p. 92; láminas 34 y 36, pp. 93 y 95); o narrias con ruedas en las zonas llanas donde puede usarse la rueda. Estas últimas constituyen una transición hacia la carreta. Finalmente, la paja se acumula en el campo formando montones denominados almiars (lámina 26, fig. 3; lámina 27, pp. 86-87) o bien se lleva al establo o pajar para alimentar a las bestias de carga.

En las láminas sucesivas pueden observarse diferentes tipos de carros que se usaban como método de transporte en el campo: carro de lanza de bueyes (lámina 35, p. 94), su yugo (láminas 37 y 38, pp. 96-97) y yunta de bueyes en la acción de tirar del carro de lanza (lámina 38, p. 97); carro de lanza de mulas y yugos de madera y hierro para mulas (láminas 39, 40, 41, pp. 98-100); galeras y carretas (lámina 42, pp. 101). La carreta de Calzalilla de Jaén representa el carro más frecuente del Valle del Guadalquivir. Consta de un sistema articulado que hace rodar la rueda delantera que se denomina boca tijera. La galera de los Palacios (Sevilla) (lámina 42, fig. 2, p. 101) es un carro de mula de gran tamaño que se emplea para transportar las mieses en las grandes explotaciones agrarias. Los remolques de tractor han hecho desaparecer este tipo de carros (ALVAR, 1991).

A pesar de las importantes transformaciones, aún quedan en los campos andaluces jornaleros y agricultores que han empleado estas herramientas y técnicas milenarias para el cultivo del trigo, permaneciendo muchos de estos saberes tan solo en sus memorias. Fueron muchos más los que abandonaron el campo cuando

nuestra tardía mecanización agrícola invadió de tractores y máquinas cosechadoras las tierras fértiles del valle del Guadalquivir. Estas herramientas, técnicas, animales y saberes, sobrevivieron algunos años más en los ruedos de los núcleos serranos (años 80), donde el uso de esta maquinaria era más complicado y menos rentable. Cataluña, el País Vasco, Francia o Alemania, fueron algunos de los destinos de los jornaleros, segadores, pelentrines, yunteros, herreros, carpinteros, aperadores, muleros y carreteros, que arrastraron consigo todo este bagaje cultural para integrarse en contextos muy diferentes en los que rehacer sus vidas. En definitiva, este entramado supone una gran riqueza cultural relacionada con el cultivo tradicional del cereal en el mundo mediterráneo y que ha supuesto un largo proceso en la transmisión del saber para el buen manejo y dominio prolongado de todas estas técnicas y herramientas, traspasando al mundo del trabajo agrícola para formar parte de la cosmovisión y forma de vida de buena parte del mundo rural andaluz. Estas ilustraciones tienen este valor testimonial y pueden servir para valorarlos como patrimonio cultural y documental de Andalucía. Gracias a estudios de este tipo y algunos otros de similar rigor, como los citados en este texto, este rico acervo cultural de miles de años de historia que ha heredado y transmitido las gentes del campo, pueden ser reconocidos y valorados.

NOTA

¹ Los municipios representados en las láminas dedicadas al trigo son: San José, Abia, Almería, Balerna, Carboneras, Felix, Gafarillos, La Perulera, Lubrín, Pulpí, San José, Tahal, Vélez Rubio, Vera (Almería); Algar, Arcos de la Frontera, Jimena de la Frontera, Paterna de Rivera, Prado del Rey, Puerto-Serrano, Setenil, Vejer de la Frontera (Cádiz); Almodóvar del Río, Bélmez, Conquista, Espejo, Iznájar, Jauja, Montoro, Santa Eufemia, Valsequillo, Venta del Charco, Villaharta, Villanueva de Córdoba, Villanueva del Duque (Córdoba); Albuñol, Alcázar, Belicena, Bérchules, Bracana, Caparacena, Chimeneas, Dehesas de Guadix, Gualchos, Lanteira, Lugros, Mairena, Monachil, Montejicar, Murtas, Puebla de Don Fadrique, Quéntar, Trevélez, Ventas de Zafarraya (Granada); Almonaster la Real, Arroyomolinos de León, Bollullos Par del Condado, Cabezas Rubias, Calañas, Cumbres de San Bartolomé, Encinasola, La Puebla de Guzmán, Niebla, Paterna del Campo, Rosal de la Frontera, San Bartolomé de la Torres (Huelva); Alcalá la Real, Aldeaquemada, Beas de Segura, Canena, Cazalilla, Fuerte del Rey, Huelma, La Iruela, Larva, Peal de Becerro, Porcuna, Sabiote, Santa Elena, Santisteban del Puerto, Torrequebradilla, Torres, Valdepeñas de Jaén, Villacarrillo, Villarodrigo (Jaén); Antequera, Benahavis, Cártama, Coin, Estepona, Málaga, Riogordo, Salares, Sierra de Yeguas, Valle de Abdalajís, Villanueva del Trabuco (Málaga); Alcolea del Río, Bollullos de la Mitación, Burguillos, Casariche, Castilblanco de los Arroyos, Écija, El Real de la Jara, Guadalcanal, La Lantejuela, La Puebla de los Infantes, Los Molares, Los Palacios y Villafranca, Marinaleda, Morón de la Frontera, Navas de la Concepción, Olivares, Paradas, Pruna, Puebla del Río (Sevilla).

BIBLIOGRAFÍA

ALVAR, M. (1991) *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*. Madrid: Arco/Libros, 1991, edición facsímil, v. 1, t. I: Agricultura e industrias con ella relacionadas

ESCALERA REYES, J. (1985) Estudio etnográfico sobre el ciclo del cultivo, transformación y elaboración tradicionales del trigo en la Sierra de Aracena. Campaña 1982-83. En *Etnografía Española*. Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Subdirección General de Arqueología, 1980- , N. 5- , pp. 7-74

RAMOS LIZANA, M.; SAN MARTÍN MONTILLA, C. (1997) *Con pan, aceite y vino: la tríada mediterránea a través de la historia : guía para disfrutar la exposición y para lectores en casa*. [Granada?]: Grupo Editorial Universitario, D.L. 1997